

# LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SETIEMBRE. N.º 38 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V 1879

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

## SUMARIO

De esclavo á rey, A. Pirala.—La pendiente del abismo, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—En las inundaciones de Murcia, Almería y Lorca, poesía, por id.—Isabel, por M. C.—A Nuestra Señora de la Consolación, poesía por X.—Sección doctrinal, por Enriqueta Lozano de Vilchez.

## DE ESCLAVO Á REY.

I.

### LA VENTA DE UN HERMANO.

Habitaba Jacob, hijo de Isaac, la tierra de bendición que le fué prometida á Abraham, á quien Dios escogió de entre los hombres para hacer alianza con él, y en su compañía su hijo José, jóven de 16 años que se ocupaba en apacentar las manadas de tiernos corderillos en compañía de sus hermanos. La paz y alegría reinaban en aquellos inocentes pechos, que tenían un corazón tan cándido como el del ganado

que conducían: paz y alegría propia de aquel siglo verdaderamente de oro. La familia á que aludimos era la predilecta de Dios en el suelo, y de la que descende el Creador de la religión cristiana. Poblaba la prometida tierra de la Canaan donde los prados estaban cubiertos de un verdor perenne; corrían arroyos de leche y miel; Ceres daba sus doradas espigas dos veces al año, los árboles igualmente la fruta duplicada, y el clima en fin estaba en primavera constante: todo era felicidad, todo abundancia.

José era el hijo menor de Jacob, y por un afecto natural que tanto perjudica en las familias, era también el más querido de todos los hermanos: estos, acosados por la envidia, animal monstruoso y alimentado siempre de ponzoña, no podían ver tal predilección. Así es que le iban aborreciendo, y además de despreciarle, le miraban hasta con horror. El inocente no comprendía la causa por que con desvío sus hermanos le abandonaban en el campo con su pequeña porción de ganado.—Una mañana se levantó de dormir muy gozoso, y con la mayor inocencia corrió á buscarles; así que estuvo a su lado, dijo: ¿Quereis que os diga el sueño que he visto esta noche? Y ellos tan solo por satisfacer su curiosidad, si cuéntalo le digeron, y empezó con toda su sencillez á hablar de esta manera.—A media noche oí una música muchísimo más her-



mona que la que hacen juntas todas las zampañas de esta tierra bien templadas; luego ví una claridad que no tiene comparacion la del sol con ella, por que era mas pura y mas brillante: me parecia que estábamos atando juncos en el campo; que los mics se setenian derechos y con la frente levantada, al paso que los vuestros no se podian tener, caíanse, y parece que adoraban al mio. Otro sueño ví despues, y fué bajar el sol, la luna, y once estrellas, y me adoraren.—Concluyó con esto, y un rumor sordo que comenzó á levantarse á la mitad de la relacion signió en aumento hasta que prorrumpieron todos los hermanos en llenarle de los mayores improperios; unos decian: —Nécio, crees por ventura, que porque nos hayas contado esos sueños (que tal vez serán falsos) hemos de pensar en que has de ser otro rey y te adoremos? ¡Orgullosos! —No lo creas, le decian otros, antes, desde ahora te aborrecemos mas.—Anda, anda, le gritaban todos, márchate de aquí, que no te queremos, á otro lado, vete á reinar en sueños, que nosotros despreciamos tu poder; ¡vanidosos! —Así le digeron, volviéndole enseguida la espalda, y echando á andar. Al ver José este proceder en sus hermanos, se le anegaron las mejillas en lágrimas, y volviése confuso y abatido á donde estaba su ganado. No quiso contar á su padre lo que había sucedido, por que no castigase á los que tan mal le trataron: noble proceder digno de su virtud, que ellos no signieron. Y si presentáronse á Jacob, y le contaron el sueño de José, añadiendo que había dicho, que así como el sol, la luna y las once estrellas le habían adorado, le adorarian tambien su padre, su madre y sus once hermanos (que efectivamente tantos eran) falsedad notoria, y que fué causa de que Jacob se resintiese, y le riñera fuertemente.

Continuaba José separado de sus hermanos que se hallaban en Dothain, ciudad de la Palestina; y á poco le envió su padre á que viese lo que pasaba entre ellos, y si cuidaban los ganados. Marchó, y al cabo del tiempo necesario llegó á donde moraban; así que le vieron, empezaron á reírse de él; y tanto le aborrecian que trataron de matarle. Mas Ruben tomó su defensa, aunque encubiertamente, y pudo librarle de una muerte cierta; pero los demas no aplacaban su odio sino daban un castigo al que ellos llamaban el Rey Soñador. Determinaron arrojarle en una cisterna vieja, únicas fuentes que entonces se usaban donde abandonándole moriría lleno de rabia y desesperacion. Le desnudaron la túnica que vestía, sin que les moviera á piedad las lágrimas y ruegos, únicas armas que podía oponer á sus crueles hermanos; armas poderosas, cuando se

emplean para un corazon noble, pero flacas para mover á compasion á las almas viles, y le sumieron en una cisterna sin agua que había en el desierto. Ruben se separó de ellos para ir á la noche á sacarle de aquella horrible mansion.

Mas cuál fué su desconuelo al verse sin él, y no encontrarle por ninguna parte por donde le buscaba! Corrió á verse con sus hermanos y á preguntarles donde le tenian, y ellos por única respuesta, le dieron la túnica que le quitaron, llena de sangre y rasgada, diciendole, que la presentara á su padre como único resto del hijo querido, que fué devorado por una fiera segun lo confirmaba la vestidura. Ruben todo lloroso, temia presentarse delante de Jacob por no apesadumbrarle con tan triste noticia; mas no pudo menos de hacerlo, y el honrado anciano al saber el desgraciado fin de su hijo querido, se entregó al mayor desconuelo; vistióse de cilicio; llorábale de continuo, sin que fuesen bastantes los demás para suavizar sus penas, porque no queria ni aun verlos: negándoles de este modo las caricias paternas que tanto placer causan en la niñez, cuya negativa es un castigo.

## II.

## NO HAY VIRTUD SIN HONOR.

Diez años habían pasado desde que los hermanos de José llevaron á su padre la túnica engrasada, diciendo la habían encontrado en medio del desierto; mas no fué así, sino que con esto le engañaron, é igualmente á Ruben. A poco de tenerle los crueles metido en la cisterna, trataron de venderle, y lo hicieron á unos madianistas por el valor de 157 rs. vn., que repartieronse cual presa entre lobos. Iban los compradores en caravana á Egipto, y en esta ciudad le vendieron ellos á Putifar, príncipe del ejército egipcio.

Dichosísimo se hallaba José con su estado, que mas que esclavo era señor; si bien, á pesar del tiempo trascurrido, no podia olvidar un instante á su anciano padre. El era el amo de la casa, porque todo lo dirigia, en todo mandaba. Su virtud le franqueó la confianza de su dueño, y su virtud tambien, le ocasionó grandes males.

(Continuara)

ANTONIO PIRALA.



## LA PENDIENTE DEL ABISMO

(Continuacion.)

Mientras aquel mar de confusiones y sobresaltos agitaban el corazon de la pobre Marta, Enrique olvidando todo cuanto le rodeaba, el peligro pasado, la situacion de que su madre con tantos sacrificios le acababa de salvar, daba entrada en su corazon á las primeras emociones de un amor tan casto como sincero.

¡Oh! la juventud, confiada siempre, y siempre olvidadiza, se adormece y sueña bellos panoramas, á la orilla misma de un abismo.

Enrique impresionable, y de un carácter ardiente y apasionado, no habia podido ver á Luisa, á la pobre niña, tan hermosa como pura, y tan pura como desgraciada, sin sentir por ella una de esas pasiones que hacen época en la vida, y que tarde ó nunca dejan de ejercer su imperio en el alma que una vez empezaran á dominar.

La niña por su parte, sola, abandonada, con el corazon agitado por las fuertes y dolorosas emociones que le habian combatido en aquellos dias, su espíritu se asemejaba al pobre pajarillo que en una noche de tempestad tiende á un lado y á otro las temblorosas alas, sin saber donde reposar un momento, y busca ansioso un punto donde refugiarse, busca ansioso un asilo protector.

Rayo de luz en medio de las tinieblas que la rodeaban, faro bienhechor entre la densa oscuridad que la rodeaba, era el amor con que la brindaba Enrique; era aquel sentimiento nuevo para ella, pero dulce y suave como el aroma de una flor delicada, cuyo caliz empieza á entreabrirse.

La pobre niña, sin pensar, y sintiendo solo, escuchaba las cariñosas frases del joven; solo veia sus tiernas miradas y dominada por ellas se dejaba deslizar por aquella corriente seductora, que por primera vez la impulsaba en el camino de la vida.

Los dos jóvenes, pues, se amaron.

Se amaron sin meditar si hacian bien ó mal en ello, se amaron sin saber si habria obstáculos que los separasen, se amaron por fin por una de esas simpatías del alma, que no les dejó

apercibirse de aquel afecto purísimo hasta que era dueño y señor de sus jóvenes corazones. Y ninguno se dió cuenta de aquel rápido cariño: ninguno pudo advertirlo ni oponerle el menor dique, por que todos, ocupados cada cual con sus propias ideas, ni aun repararon en él.

Marta tardó muy poco en volver:

Su conferencia con Juan Manuel ya sabemos que habia sido corta.

Sin embargo, habia bastado para hacerle tomar una resolucion decisiva.

Ella tan noble, tan digna, tan elevada en sus sentimientos, no podia dejar que otro ninguno la aventajase en la grandeza del cumplimiento de su deber, y así fué que sin esperar mas, sin aterrarse ante las consecuencias que el paso que iba á dar podia atraer sobre ella, al llegar á su morada se dirigió al despacho de Esteban, pálida y trémula, pero resuelta y decidida.

Su esposo estaba allí.

Abismado en sus dudas, absorto en sus meditaciones, sin atreverse á tomar una resolucion, sin querer perder á un hombre honrado, pero sin querer tampoco dejar impune un delito, ponía el parte que debia ser la ruina de Juan Manuel, pero á cada paso se detenía, y dejaba la pluma inmóvil sobre el papel.

Marta se mantuvo un momento de pié en el dintel.

Esteban no habia levantado la cabeza, no la habia visto aun.

La pobre muger adelantó en silencio y fué á apoyarse en la mesa donde Esteban estaba escribiendo.

Sus ojos se fijaron maquinalmente en los renglones que trazaba, y un grito involuntario se escapó de sus labios, y sus piernas flaquearon, haciéndola caer de rodillas en el mismo sitio en que se hallaba.

Esteban sorprendido levantó la cabeza, y dejó rápidamente su asiento, corriendo á sostener á su esposa.

—¿Qué es esto? exclamó, ¿qué tienes? ¡ven! é intentó alzarla del suelo.

—No, murmuró ella, con voz angustiada, no: déjame aquí, así te debo hablar.

—¡Tú! ¿qué dices?

—La que viene á implorar perdon, debe hacerlo de este modo.

—¡Perdon tú! no te comprendo!

—¡Oh! pues me es preciso explicarme, me es preciso recurrir á toda tu indulgencia, á toda tu bondad en este instante.

—¡Mi bondad!... mi indulgencia! ¿y cuando la has necesitado tú, la mejor de las esposas, la mas buena de las madres?



—¡Oh! Esteban, Dios que lee en las conciencias, sabe que has sido mi único pensamiento siempre, sabe que mi esposo y mi hijo son mi solo amor sobre la tierra y sin embargo!.....

—¿Qué? acaba!

—Hoy temo... hoy no me atrevo á levantar la cabeza en tu presencia por que soy culpable para tí.

Esteban con la frente ceñuda y las cejas contraidas, miró á Marta de una manera profunda y severa, sin poder adivinar sin embargo lo que le queria decir.

—Vamos, murmuró al fin, de un modo nervioso y violento me estás haciendo sufrir terriblemente ¿estará escrito que mi fe entera desaparezca hoy? habla y acabemos: sepamos al fin de que te tienes que acusar.

Marta tembló, sus manos cruzadas sobre el pecho se oprimian convulsivamente, y en su terror no encontró una palabra para revelar su culpa.

Oh! el carácter violento de Esteban, la imponia miedo.

—¡Acaba! exclamó este mirándola aun á sus piés: acaba pronto! será posible que tú... Oh! ¡yo que no queria creer en la ingratitud, yo que me acusaba de dudar de un extraño, y tendré que ver... tendré que convencerme que mi esposa!... pero qué has hecho? qué has hecho para que necesites mi perdón?

—Ese extraño de quien hablas, es un jóven honrado, es un modelo de lealtad.

—¡Juan Manuel!

—Sí; él está inocente del crimen de que le acusas.

—¡Cómo!

—Ese dinero que falta de tu secreter, no es él quien le ha tomado, no es él!

—Que nó! ¿luego tú sabes?...

—Sí; sé quien ha llegado hasta aquí, sé quien ha abusado de tu confianza, se quien...

—¡Sigue!

—Sé que una muger muy desgraciada... una infeliz madre que veia en peligro la vida y el honor de su hijo, que no sabia que hacer, que no sabia á quien recurrir... que enloquecida por el miedo... por el dolor... ¡Oh! Esteban, Esteban perdón para esa infeliz, y sobre todo, luzca á tus ojos la verdad y no acuses á un inocente!

Esteban adivinó en un momento todo lo que Marta queria decir!

No supo explicarse los detalles, pero no le quedó duda del hecho tal como era.

Quedó suspenso por algunos momentos y despues tendiendo su mano á Marta.

—Alza, la dijo, con acento breve, nuestra

conversacion no ha terminado, y no debes continuar así.

Ella obedeció, y se dejó caer en un sillón pálida y confundida, como el reo que espera la sentencia de su juez.

El coronel dió algunos pasos por la habitacion, concentrando su imaginacion en una idea fija: en su hijo!

No le quedaba duda que se trataba de él.

Al cabo se detuvo frente á su esposa, y con una severidad que la helaron la sangre en las venas.

—Sepamos, dijo, sepamos hasta el fin? que ha hecho Enrique? qué ha sido esto? por que ya adivino que se trata de él.

Marta enjugó una lágrima y guardó silencio: ¡ay! ¿cómo decir á Esteban que su hijo habia jugado un dinero que no era suyo?

El aguardó algunos instantes la repuesta de su esposa.

No queria hacerla violencia, y sin embargo estaba resuelto á averiguarlo todo.

Era padre y debía cumplir con este deber.

No tardó en decidirse, por que su carácter impetuoso no le permitia esperar por mucho tiempo.

Acercóse al cordon de la campanilla y tiró de él con violencia.

Un criado se presentó.

—Diga V. al señorito Enrique que venga al momento.

—¡El, no, exclamó Marta con espanto, el nó! yo te lo diré todo, pero él!...

—Cumpla V. mis órdenes, dijo con severidad Esteban, dirigiéndose al criado; y luego volviéndose á Marta.

Delante de los criados no debemos dar el espectáculo de esos dramas de familia que á nosotros solo interesan, exclamó con violencia, ya sabes que soy esclavo de la leyes del honor y que no perdonaré nunca, ¿entiendes? nunca una falta contra él.

Estas palabras aumentaron el temor de Marta, que dobló la frente sobre el pecho, incapaz de sostener la mirada dura y terrible de Esteban.

Sin embargo, en medio de su espanto su conciencia estaba tranquila, habia cumplido con su deber, proclamando la inocencia del pobre soldado, que estaba dispuesto á sacrificarse por ella y su hijo.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.



## EN LAS INUNDACIONES

DE MURCIA ALMERÍA Y LORCA.

Sombra y oscuridad! el hombre en vano  
sostiene con la muerte lucha ruda,  
que Dios, de su poder en el arcano,  
con solo un signo de su augusta mano  
en irritado mar la tierra muda!

Y hace rodar la nube ennegrecida  
que luto y destruccion lleva en su seno,  
por ríos huracanes impelida,  
y en su veloz carrera, precedida  
del violento estallar del ronco trueno.

Allá vá! ¿quién la impele? ¿quién la alienta  
que así siembra el estrago y el espanto,  
y es escabel donde el dolor asienta,  
y página de horror triste y sangrienta  
doquier escrita con acerbo llanto?

Llanto que brota el corazon doliente,  
llanto en que el alma su amargura sella,  
por que lucha el espíritu impotente  
y en vano anhela, en su afanar ardiente,  
al ver tanta afliccion, luchar con ella.

Que los que allí sin esperanza lloran  
del alma desgarrada son hermanos,  
y en tanto que angustiados á Dios oran,  
sin familia, ni hogar, tienden las manos  
y amor y auxilio y compasion imploran.

Y si lo encontrarán! su triste anhelo  
Dios calmará tras la tormenta insana,  
y la amargura trocará en consuelo!

Oh! sí, ya luce el sol! ¡ya cesa el duelo!  
¡paso á la santa caridad cristiana!

Miradla! cuán hermosa! en bien fecundo  
en sus divinos ojos luce el día,  
su misión de bien, de amor profundo,  
hija del cielo, al descender al mundo  
su enseña es la virtud, la fé su guía.

Ella aparece, y á su influjo santo  
brilla la luz y se reanima el alma,  
y se aleja el pesar, y huye el quebranto  
que entre los pliegues de su blanco manto,  
lleva consuelo, y salvacion y calma!

Doquier el duelo mitigar ansía,  
el mal doquiera con el bien repara,  
doquier borra del triste la agonía,  
que de Dios mensajera, Dios la envía,  
y á todos ¡ay! bajo su manto ampara.

Madres, que acaso en vuestro afan incierto  
tendeis en vano los amantes brazos;  
que vuestro pobre hogar mirais desierto,  
y que al placer y la esperanza muerto  
teneis el conrazon hecho pedazos;

Si entre el delirio del sueño veis  
al hijo moribundo, abandonado,  
y darle pan y abrigo no podeis  
Oh! tened confianza, no lloreis,  
que ya la caridad está á su lado!

Ella es madre tambien! amante y bella  
su divino poder todo lo alcanza;  
hoy con su lábio vuestra frente sella  
y os dá fuerza y valor, que está con ella  
su celestial hermana, la esperanza.

Damas de España, mi Nacion potente,  
en cuyos ojos se refleja el cielo,



oid su voz y destacad la frente,  
y unidas todas con afan ardiente  
á ese inmenso dolor prestad consuelo!

Ella alentando en vuestro amante pecho,  
tienda á los tristes sus celestes alas  
de la borrasca entre el furor deshecho,  
y abrigo den á su desnudo lecho  
una no mas de vuestras ricas galas.

Y ante ese don que vuestra mano envía,  
el infortunio aplacará su zaña,  
y Dios bendecirá la patria mia;  
que su Nacion querida es nuestra España,  
y paz y gloria la dará algun dia.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

## ISABEL

(CONTINUACION.)

Así es como refiriendo sus largos viajes, y los desastres de que habia sido testigo, escitó la curiosidad de los desterrados; despertó su compasion para con sus hermanos; condujolos á que dijessen interiormente que en comparacion de tantos infortunados, su suerte era buena. En efecto. ¿Qué no habria visto, qué no podria referir aquel hombre venerable que hacia sesenta años que á dos mil leguas de su patria, bajo un cielo extraño, y en medio de las persecuciones, trabajaba sin cansarse jamás, en la conversion de bárbaros que llamaba sus hermanos, y que la mayor parte de las veces eran sus verdugos? Habia visto la corte de Pekin, la habia admirado por sus vastos conocimientos, y mas por sus virtudes: suavizó además las costumbres de hordas errantes, que recibieron de él los primeros rudimentos de agricultura. Así, lándas cambiadas en fértiles campos; hombres humanizados y civilizados; familias en las que los nombres de padre, esposo é hijo no eran extraños, cuyos corazones se elevaban á Dios para bendecirle por tantos beneficios; que eran el

fruto del cuidado y afan de un solo hombre. ¡Ah! aquellas gentes no hablaban mal de los misioneros; no decian que la religion de la que eran enviados, era severa y tiranica: no decian que los hombres que la practicaban con exceso de caridad y amor, son inútiles y ambiciosos. ¿Pero por qué no decir que son ambiciosos? Dedicándose al servicio de sus hermanos, ¿no aspiran al mayor de los premios? ¿no quieren agradar á Dios y ganar el cielo? Jamás se elevó á tanto la ambicion de los mas grandes conquistadores: contentóse con el sufragio de los hombres, y con el cetro del mundo.

El buen padre dijo despues á los desterrados: que llamado por sus superiores, volvía á pié á España, que era su patria. Para volver á ella, tenia que atravesar todavia la Rusia, la Alemania y Francia: pero decia que esto era muy poco. El que acababa de viajar por desiertos, en que por todo abrigo encontraba una cueva; por almohada una piedra, y por comida un poco de harina de arroz desleida en agua, debía creer que tocaba el último término de sus fatigas, entrando como entraba en naciones civilizadas; y para el padre Pablo era estar ya en su patria, caminar entre cristianos. Referia cosas tan extraordinarias de los males que habia sufrido, los obstáculos que habia encontrado, cuando despues de pasada la gran muralla de la China, se habia introducido en las vastas llanuras de la gran Tartaria. Narraba como á la entrada de los inmensos desiertos de la Scongoria, que pertenecen á la China, y estan limitofes respecto á la Siberia, habia encontrado un país abundante en manguiteria magnífica, en pieles preciosas; país que podria enriquecerse, comerciando con los pueblos europeos: pero ningun rastro habia de industria europea, ningun comerciante habia osado ir á hacer especulaciones allí, donde el misionero habia plantado la cruz y esparcido beneficios: tan cierto es que la caridad avanza siempre mas que la avaricia.

Arreglóse para el padre Pablo un lecho limpio y comodo, en el gabinetito que ocupaba la jóven aldeana tartara; y ésta durmió envuelta en una piel de oso, al lado de la chimenea. Al despuntar la aurora, Isabel se levantó y se aproximó suavemente á la puerta del gabinete donde se hallaba el padre Pablo; y oyendo que rezaba, pidióle permiso para entrar y hablar con él a solas: delante de sus padres no se hubiera atrevido á hablarle de su proyecto y del deseo que tenia de no diferir su partida, sino hasta el dia próximo. De rodillas, próxima á él, le refirió la historia de su vida: ¡tierna historia, cuyo único argumento era el amor de la jóven á sus padres!



Sin duda en su larga narracion citó muchas veces el nombre de Smoloff: pero parecia que este nombre solo servia para mas realizar su inocencia y mostrar que la habia conservado en toda su pureza: impresionó al padre Pablo todo lo que oyó: habia recorrido al mundo, y visto lo que contenia; pero no habia hallado un corazon como el de Isabel.

Spinger y Fedora, no sabian que su hija pensaba partir al dia siguiente: pero al abrazarla por la mañana, se sintieron agitados y conmovidos con una especie de temblor involuntario, como los que experimentan todos los seres animados á la aproximacion de una gran tempestad. A cada paso que daba Isabel en el cuarto, los ojos de su madre la seguian; asíala bruscamente del brazo sin atreverse á preguntarla nada; pero la hablaba sin cesar de las faenas que habia que hacer al dia siguiente, y la daba órdenes relativas á algunas cosas que tenian que hacer dentro de algunos dias: trataba así de asegurarse con sus mismas palabras; pero su corazon no estaba tranquilo; y el silencio de su hija la anunciaba su partida. Mientras comian la dijo á Isabel:

—Si mañana está bueno el tiempo, irás en tu barca con tu padre á pescar al lago.

Miróla su hija, callóse, y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas.

Spinger, devorado por la misma inquietud que su mujer, replicó vivamente:

—Hija mia, ¿no has oido la órden de tu madre? Mañana vendrás conmigo.

Inclinó la jóven su cabeza sobre el hombro de su padre, y le dijo en voz baja:

—Mañana consolareis á mi madre.

Spinger palideció: fué bastante para Fedora; nada preguntó: estaba segura que la palabra de marcha se habia pronunciado, no queria oirla, porque en el momento que se hablase de esto delante de ella, tendria que dar su consentimiento y esperaba que hasta que lo diese, su hija no se atreveria á marcharse. Reunió Spinger todas sus fuerzas, conoció que á la mañana siguiente tendria que luchar con el sentimiento de la partida de su hija, y el dolor que por ella experimentara su mujer: no sabe si sobrevivirá al sacrificio que va á hacer, y al que se ha resuelto por exceso de amor á su hija; la dá gracias por su adhesion, y ocultando sus lágrimas en el fondo de su corazon, fingió era feliz para dar á su Isabel la sola recompensa digna de sus virtudes. ¡Ah! en aquel dia cuántas emociones secretas, cuantos sentimientos desgarradores entre los padres y su hija!

El misicnero trataba de fortificar su valor, re-

cordándola todas las historias de las Sagradas Escrituras, en las que Dios se mostró pronto á recompensar los grandes sacrificios de la piedad filial y de la resignacion paternal; dejaba entrever que las fatigas del viaje serian menos de lo que parecian, porque un hombre poderoso á quien no nombraba pero que se inferia quien era, le habia proporcionado todos los medios necesarios para que el camino fuese mas cómodo y menos peligroso.

Cuando llegó la noche, arrodillóse Isabel, y con una voz conmovida pidió á sus padres que la bendijesen. Aproximóse el padre, cuyas mejillas surcaban abundantes lágrimas: tendiéndola sus brazos, y comprendió que era su despedida: comprimióse su corazon, secáronse sus lágrimas, colocó sus manos sobre la cabeza de Isabel, recomendándola á Dios en su corazon sin tener fuerzas para proferir una sola palabra. Entonces la jóven miró á su madre, diciéndola:

—Y tú, madre mia, ¿no quieres bendecir á tu hija?

—Mañana, replicó con acento ahogado y profundamente desconsolador, mañana.

(Continuará.)

M. C.

## A NTRA SRA. DE LA CONSOLACION.

Virgen, de piedad modelo,

Dulce amor en bien fecundo,

Tu faz embellece al mundo,

Tu encanto es la luz del cielo:

Tú eres fuente de consuelo,

Refugio de pecadores:

¡Vergel de divinas flores!

¡Madre del Verbo Increado!

¡Alejame del pecado,

Y abrázame en tus amores!

X.



## SECCION DOCTRINAL.

## LA SENDA DEL CIELO.

## CONTINUACION.

El baron habia otorgado su consentimiento, derramando una lágrima de gratitud, y bendiciendo á Dios, pues le deparaba al borde de la tumba un protector para la hija de su alma.

Mas ¡ay! que las horas de felicidad duran poco cuando la maldad y la calumnia acechan nuestros pasos. Cuando un corazon dañado, esté junto á nosotros devorado por la envidia.

Margarita, á quien la sencilla Valentina habia confiado todos sus proyectos, habia dado parte de todas sus esperanzas, veia con ira y reconcentrado enojo, las alegrías de aquella pobre niña, á quien llamaba su amiga, y estrechando su mano y dándole este dulce nombre, tramaba su ruina y maquinaba su desgracia.

Ay! amigos míos, cuán triste y cuán amargos son esos desengaños que recibimos de un ser, á quienes creíamos leal, y noble y digno, y que solo guardaba cieño en su corazon y miseria y podredumbre en su alma! ¿Por qué no habrá un cristal en la conciencia, que transparente las que están manchadas, para apartarnos de ellas como de un lago inmundo y nocivo á la tranquilidad y á la paz de las familias honradas? ¿Por qué los que nos tienden su mano llamándonos sus amigos, no llevarán escrita en la frente su miseria, y su pequeñez y su infamia, para que los demás con el pié apartánolos de nuestro camino con horror y desprecio? ¿por qué no habrá un dique que separe la rectitud de la villanía, la sinceridad de la falsia, los corazones y los espíritus superiores y elevados de los corazones y los espíritus podridos?

Pero ¡ay! en la sociedad, se confunde todo! el oro de buena ley y el dublé sin valor alguno!... Mas no, he dicho mal; no se confunden, se conocen perfectamente; solo que el dublé sirve un instante en la farsa que representa el mundo constantemente, y despues se tira con desprecio, y el oro siempre se conserva, por que siempre vale? Por eso, amigos míos, os he dicho que es tan baja y tan torpe la mentira.

Aquella sencilla jóven, no sabia aun distinguir entre una amiga honrada y una falsa amiga. Era tan niña! era tan inocente sobre todo!

Tuvo fé en Margarita, y esta la pagó con una infamia! esto no es nuevo ni extraño por cierto!

Pero sigamos la historia de Valentina.

Desde que aquella mentida amiga se creyó rebajada con la dicha que Dios concedia á la hija del baron, no cesó un momento para destruirla.

Y como en la conducta de la noble niña nada habia que no fuese digno de admiracion y de respeto, recurrió á la calumnia, esa arma infame y maldita que satanás colocó en manos de sus predilectos.

Recurrió á la mentira, esa lepra social que por do-

quiera nos amenaza, y la calumnia y la mentira unidas, hicieron su lógico efecto.

Nadie, si no Margarita, sabia que Valentina, daba lecciones de música y francés á la hija del doctor; nadie si no ella, sabia que con el producto de aquellas lecciones, la jóven buscaba los medios de hacer menos penosa la situacion de su padre; nadie sino ella, sabia que sacrificaba las horas de su descanso, su trabajo, sus constantes afanes, á aquel padre adorado, tan impotente y tan infeliz.

En esta gran virtud, en esta accion tan digna de encomio, halló Margarita los medios para intentar una calumnia.

Ya sabemos que Valentina no queria, por nada del mundo, que su padre comprendiera el modo con que adquiria los recursos para alimentarle y asistirle con mas esmero; tambien, y por un exceso de delicadeza muy fácil de adivinar, tambien repito, se ocultaba de Federico para llevar á cabo su obra.

El jóven no hubiera consentido nunca, que la que en breve iba á ser su esposa, la heredera de un titulo ilustre, trabajase para vivir, vendiese sus horas y su talento, y sus estudios, por una cantidad insignificante al mes, y Valentina jamás hubiera admitido nada de aquel hombre sin estar unida á él con los lazos indisolubles y santos del matrimonio.

Margarita empezó á visitar con mas frecuencia la casa de su amiga, y esto en las horas en que Federico solia ir.

Con mil artes, con mil palabras estudiadas, y sobre todo, mostrando á Valentina un afecto singular, logró inspirar confianza á su jóven prometido, y adquirir á sus ojos una opinion de sinceridad y rectitud admirables.

El, ya os lo dije, era un hombre generoso, incapaz de una traicion, y creyó á Margarita tal como ella queria aparecer, concediéndola su confianza y su amistad. Asi se pasó algun tiempo.

La perdida calumniadora, no creia aun llegada la hora de dar el golpe seguro en medio del corazon.

Aquel espacio bastó para que la pasión de los dos prometidos tomara toda la intensidad de que eran susceptibles la juventud y la energia de sus corazones.

¡Oh! Federico era la vida de Valentina, Valentina la existencia entera de Federico.

Un dia Valentina tuvo que salir, á adquirir no sé que cosa para su padre.

Margarita se ofreció á servir á este de compañera interin la jóven volvía.

Ella aceptó gustosa aquel favor y salió dejándola allí.

La casualidad hizo que Valentina se detuviese un poco mas, y dió la hora en que Federico solia ir.

Margarita miraba á la puerta con afán. ¡Con cuánto anhelo aguardaba la llegada del jóven! aquella ocasion era magnífica y acaso tardaria mucho en presentarse otra tan favorable para la calumniadora.

Federico por fin apareció: ella le recibió con una mirada afectuosa.

— ¿Y Valentina? preguntó él con afán.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRANADA. Imp. de La Madre de Familia.